

Identidades humanas: conflictos morales en la postmodernidad

LUIS NÚÑEZ LADEVÉZE

CENTRO DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y CONSTITUCIONALES

Madrid, 2005 - 262 págs.

ISBN 84-259-1291-1

Con un discurso en el que se junta el rigor lógico con una buena dosis de ironía, siempre expresado en un castellano que, sin pretender el refinamiento, marcha con andares elegantes, el autor dispara contra las arrogancias de los intelectuales postmodernos.

El gran debate que llena los diversos capítulos del libro es la posibilidad de una ética con fundamentos, más allá o más acá de la ética convencional, *light* y desprovista de convicciones exigentes que defiende la postmodernidad. Si se acepta este punto de vista, podemos decir que estamos hablando de un libro inconformista, porque el autor no se queda tranquilo con las respuestas más cómodas a grandes problemas surgidos en las civilizaciones avanzadas y se pone en marcha en busca de los fundamentos de una ética universal para los tiempos en que vivimos.

La descripción de cómo se desarrolla esta marcha en los diversos capítulos es empresa imposible para esta reseña, porque el autor ya nos

ofrece un producto sumamente condensado, donde las páginas no sobran y el lector puede incluso fatigarse si se empeña en ir demasiado de prisa y tratar de digerir en corto tiempo lo que reclama meditación y reposo. Digamos, para cumplir con el deber de información, que el primer gran campo de exploración es el de los problemas morales que plantea el avance científico de la biología; el segundo es el de la dialéctica entre individuo y sociedad, que en nuestro tiempo de España, adquiere particular virulencia por la política agresiva de los nacionalismos; el tercero es el de construcción de la moralidad que se funde con la tarea de emancipación del individuo en cuanto realización auténtica del mismo. Dos temas más completan el libro que al lector apresurado pueden parecer apéndices de regalo y que a nuestro juicio el autor los incluye porque entran en la preocupación global que le ha llevado a escribir: la ciudad como logro y obstáculo para el hombre y el diálogo con Searle para avanzar en la construcción de una expresión auténticamente humana.

El párrafo anterior no ha querido ir más allá de una somera indicación para incitar a la lectura del libro. Algo más concreto conviene decir sobre algunos temas de mayor carga polémica.

Polémica de mucha carga y altura emprende el autor con algunas tesis de Habermas, que en último término han llegado a formularse porque el avance científico pone a disposición de la Humanidad unas posibilidades de actuación que hace cincuenta años eran impensables. En el mundo de la biología la ciencia plantea hoy la posibilidad de tomar decisiones respecto del futuro de seres vivos, y más en concreto y lo que realmente nos preocupa respecto de seres humanos, que nadie limitaría al campo de la técnica, lo científicamente posible. Aparecen gravísimos problemas éticos que son objeto de debate y que exigen una reflexión profunda e incansable, porque podemos adivinar que son solamente el prólogo de lo que puede venir dentro de otros cincuenta años. Habermas quiere ofrecer respuestas desde una ética de la especie construida con la razón comunicativa, renunciando al concepto de ley natural. El razonamiento de Núñez demuestra la insuficiencia de esta pretensión al señalar inconsecuencias de su discurso, admitiendo, por ejemplo, un derecho al aborto de la madre y negando un derecho a decidir sobre rasgos genéticos del hijo. «Lo incongruente es que [la madre] no pueda decidir sobre las condiciones de la vida futura de su hijo, pero sí sobre su vida misma.» (p. 69).

Inmediatamente el libro entra en la gran disyuntiva *pro life – pro choice*, el problema del aborto, el problema que encontramos en nuestra vida cotidiana. Ahora el adversario principal es

Dworkin, contra el que puede argumentar Núñez gracias a una aguda distinción que ha elaborado en páginas anteriores del libro: ser un cuerpo o tener un cuerpo. «En suma, si uno *es* su cuerpo, la propiedad es algo externo a él... Pero si una *tiene* un cuerpo... tiene una disposición absoluta...» (p. 29). El argumento abortista va a fundamentarse en el concepto de propiedad de la madre sobre su cuerpo. Núñez señala la debilidad ética de este argumento. Su defensa de «la vida» va terminar necesariamente en la dignidad de la misma, la cual es más bien una intuición que una razón.

La defensa de la dignidad de la persona, si quiere dejar el nivel de la abstracción metafísica y venir a terrenos más próximos a la experiencia vital, debe concretarse en la identidad de la persona, porque una persona es en la historia un ser que tiene una identidad propia de su singularidad. Ahora bien, el hecho es que los elementos identitarios los consigue la persona en gran parte tomándolos de la comunidad, dado que el hombre es el *zoon koinonikón* (*social animal*, dirá nuestro Séneca) que tan bien definieron los estoicos. La identidad personal nos lleva a la identidad colectiva, que en nuestro tiempo y solar se viste de identidad nacional con su tremenda carga política. Hemos entrado en uno de los capítulos más sabrosos del libro. Sabrosos por el mismo interés de la materia, pero también porque aquí aparece en primer plano la ironía con que el autor sabe exponer las posiciones que defienden una cosa y su contraria, por ejemplo la defensa de la identidad de mi grupo y el principio postmoderno de la equiparación multicultural (p. 88), la defensa de la nación y la mentalidad individualista y reacia al compromiso. Precisa-

mente el discurso de Núñez va a estar construido desde la creencia en el valor del individuo que se realiza en sus compromisos sociales. La persona, con sus derechos, es la realidad y el valor fundante de la comunidad bien construida. En consecuencia, la crítica a los fundamentalismos que absorben a la persona tiene fácil desarrollo. Otra cosa son actitudes más sutiles que se defienden precisamente por su respeto a la libertad, pero que se transforman en opresoras de la libertad, como es el caso del laicismo, que el autor cuida de distinguir de la aconfesionalidad (p. 115-117). Bien sabemos que el punto político álgido de esta problemática es el nacionalismo con su afán de afirmación que lleva a la opresión de la libertad individual y a la búsqueda de la autodeterminación nacional. Hasta ese punto va el autor y cuando llega a conclusiones prácticas no tiene miedo en aceptar la legitimidad de las posturas nacionalistas, siempre que éstas acepten el juego democrático de que son igualmente legítimas las posturas antinacionalistas (p. 131). Sólo que aquéllas, por su misma dinámica, no pueden aceptar el juego democrático. A esta afirmación tan radical no llega el autor.

Aunque el libro está formado por temas en principio diferentes, hay un evidente hilo conductor que nos va a llevar hasta el tema central de todo pensamiento ilustrado que es el de la emancipación humana. La corriente marxista ha enseñado que la “praxis” es la actividad emancipatoria por excelencia y su crítica a la sociedad capitalista es que la “praxis” queda ahogada por la “póiesis”. Es un tratamiento muy filosófico, al que no accede el pensamiento marxista vulgarizado. Pero el autor se adentra en él, sin hacer explícita referencia al marxismo. Se trata de afron-

tar la ultimísima pregunta por el sentido de la vida. La reflexión le va llevando hasta llegar a unas consideraciones que entiendo que pueden ser asimiladas a la frankfurtiana distinción entre racionalidad teleológica y racionalidad comunicativa. Construir la comunidad es el último sentido de la vida humana a los ojos de la filosofía. Tesis que es perfectamente coherente con el fundamento de todo el edificio del libro, que es la asunción de que existe una naturaleza humana anterior a nuestro discurso y que esa naturaleza es el ser social de la persona. Claro está que el hombre se puede empeñar en «transformar *su naturaleza*. Es el mito de Frankenstein... pudiendo el sueño de la razón ser tanto constructivo como destructivo, a veces, no pocas, crea monstruos.» (p. 176).

Y aquí hemos de poner fin a esta reseña, que obviamente podría prolongarse por muchas páginas más. Suponemos que es suficiente para que el lector sepa de qué tipo de libro estamos hablando. Es filosofía, desde luego. Pero filosofía asequible, que en su misma exposición puede resultar más atrayente y cómoda porque aparece siempre la personalidad del autor. Aprovechando la terminología que Núñez maneja, bien clásica por otra parte, podemos decir que la “póiesis” nos habla continuamente de la “praxis”, es decir, de lo que el autor es y pretende: una persona profundamente convencida del universo moral que profesa y que lo defiende frente a propuestas postmodernas, muy atractivas, pero mucho más superficiales.

Fernando Prieto
Universidad Complutense de Madrid